

lágrimas que le envíe la muerte ántes que profanar su humilde profesion con el contagioso aire de la vanidad : sabe que el cardenal Hugolino es apologista de sus virtudes, y al punto abandona para siempre su palacio. Qué mas ? Estando para espirar ordena que su cadáver quede desnudo sobre la tierra, para que sea hollado de todos y despues sepultado á los piés del patíbulo, donde se ejecuta el suplicio de los facinerosos : despues de dos siglos que habia muerto, intenta Nicolao V besarle el pié, y él le retira por humildad. Digamos pues sin recelo en honor de mi seráfico padre, que si la humildad encarnara para hacerse visible á nuestros ojos, hubiera tomado la fisonomía y el traje de Francisco.

No preguntemos ya si Domingo y Francisco fueron penitentes, supuesto que eran tan humildes; porque segun opinion de san Gerónimo, estando muertos á sí mismos y al mundo, era consiguiente que tambien estuviesen crucificados exteriormente á la carne. ¿ Pero con qué género de penitencia juzgais que crucificaron sus cuerpos? Jamas tirano alguno, por inexorable que fuese, concibió odio tan implacable al nombre cristiano, como estos dos héroes á sí mismos. Domingo reúne en un cuerpo vírgen los dolores que podian causar los instrumentos mas fieros que inventó el furor en odio de la religion. Vestido con una túnica, cuya aspereza podia espantar á la penitencia, ata su cintura con una malla de hierro, cuyas puntas aceradas abren profundas heridas por donde casi asoman las entrañas : su alimento es tan escaso, que apénas basta para entretener la muerte : su sueño tan corto, que el breve descanso que tomaba era como un tributo que por fuerza le pedia su desfallecimiento : sus disciplinas tan prolongadas, que muchas veces le causaron mortales agonías : sus vigiliass continuas, sus ayunos perpetuos, sus crueles cilicios, y la tierra humedecida con su sangre, apénas le dejaron un soplo de vida; tanto que sus mismos hijos, asustados al ver que peligraba su cuerpo al rigor de sus penitencias, le piden con lágrimas que modere su austeridad; pero él responde : ¡ ay amados hijos míos! ¿ con qué vergüenza me presentaria al tribunal de Dios, si no llevara en mi persona la imágen del Crucificado y las sangrientas señales de su pasión?

Francisco, todavía mas ingenioso, condena su inocente cuerpo á mayores suplicios. Tan presto se arroja á los estanques helados en el rigor del invierno, tan presto se acuesta sobre

carbones encendidos, tan presto se revuelca desnudo entre las espinas y zarzas, tan presto camina descalzo por lugares sembrados de abrojos, tan presto se retira á las asperezas de Alvernia, y allí sepultado en una espantosa gruta observa un silencio profundo, interrumpido solo con el estruendo de las cadenas y garfios con que despedaza su carne vírgen : nadando en su propia sangre, continúa sus sangrientas disciplinas hasta faltarle las fuerzas : su desfallecido cuerpo no tiene otro descanso que una dura piedra en que se recuesta, mas á propósito para abrir nuevas llagas ó renovar las antiguas : su toscó sustento son las raíces amargas que produce aquel país inculto, las que primero riega con sus lágrimas ántes de llegarlas á sus macilentos labios, su vestido un horroroso cilicio, su sueño las interminables vigiliass, su... ¿ Pero acabaria yo, si quisiera referir por menor la asombrosa austeridad que usó consigo hasta el borde mismo del sepulcro? Basta decir que trató su agonizante cuerpo con tan increíble rigor, que fué necesario pedirle perdon á la hora de la muerte de lo mucho que le habia castigado.

Con tan generosos sacrificios se elevaron Domingo y Francisco al heroísmo de todas las virtudes. Quisiera, señores, poderos manifestar sus corazones, é introduciros en el santuario de unas almas las mas grandes que admiró Roma en los siglos pasados. Veriais reunido en sus corazones un prodigioso enlace de lo mas sublime y perfecto que hay en los Evangelios : humildad profunda, fe viva, esperanza firme, caridad ardiente, austera penitencia, una pureza tan inalterable, que mas parecian ángeles en carne que hombres viadores, y un amor á Dios el mas acendrado, cuyo valor apénas alcanza á comprender el entendimiento humano; veriais una abnegacion la mas perfecta, divorcio eterno con el mundo, silencio inviolable, paciencia extremada y un celo activo y generoso; veriais unos hombres trasformados en Jesucristo; y tan divinizados, que caminan entre las clamorosas voces de Babilonia, sin que el estrépito de las gentes, ni las fatigas de la vida apostólica, ni los cuidados de sus hijos, ni la muchedumbre que los cerca, puedan distraerlos de la union íntima con Dios; en vano suena al rededor de ellos el bullicio tempestuoso del mundo, porque absortos y unidos con Dios, no piensan ni hablan sino de Dios, no suspiran sino por Dios, no ven ni oyen sino á Dios, de modo que solitarios en medio del tumulto, no parecian vivientes mortales, sino dos seráfines

abrasados en caridad; veriais por último... ¿pero podré yo añadir algo mas, habiendo reducido á compendio virtudes que componen el panegírico de muchos santos? Sin embargo puedo afirmar que apenas he dado principio á su elogio.

No extrañeis la proposicion, porque no hay elocuencia tan afuente, que sea capaz de recorrer aun el índice de las heróicas acciones que nos presenta la historia de sus portentosas vidas; no obstante, por no defraudar vuestras esperanzas, permitidme que os haga á lo ménos un resumen de las principales circunstancias que entran en el complemento de su heroísmo. Ah! qué dichoso seria yo si pudiera referiros dignamente aquellos éxtasis profundos que los sacan fuera de sí y los suspenden entre el cielo y la tierra; aquellas enajenaciones extraordinarias; aquellos trasportes de amor que los unen y enlazan con el sumo Bien; aquel trato familiar con Dios, aquellas mercedes tan señaladas que recibieron del cielo. Domingo se halla muchas veces anegado en el seno de su amado, y entra en posesion de cuantos tesoros es capaz en la tierra un hombre viador; su entendimiento, ilustrado con rayos de luz celestial, descubre profundos misterios y arcanos impenetrables: su voluntad inflamada con los incendios de un fuego divino, siente que se excitan en su alma inefables dulzuras: su corazon inundado en gozo, experimenta unos como preludios de aquel rio de paz que baña la celestial Jerusalem, y en este estado se le aparece el mismo Cristo, le aplica los labios á su divino costado, y le da á gustar las purísimas gotas de su sangre deífica.

Francisco disfruta la misma familiaridad con Dios, y aun recibe mayores privilegios. No pretendo molestaros con una lista prolija de hechos pequeños que solo sirven para degradar asuntos heróicos; yo me dirijo con el pensamiento á las montañas de Alvernia, depositarias de tantos prodigios: seguidme con la imaginacion, discurrid por aquellos desiertos, penetrad la dichosa gruta en que hace su mansion el humano serafin, y reparad en los inflamadores suspiros que exhala, en los dulces deliquios que padece y en los raptos impetuosos que le elevan: impelido Francisco de la vehemencia de su amor, y arrebatado por la fuerza de su espíritu, sale á encontrar á su Dios, cuya cercanía le anuncia su corazon: Jesus crucificado se presenta visible á sus ojos, y disparando de sus divinas llagas dardos encendidos, traspasa sus piés, manos y costado, y queda Francis-

co hecho una imagen y una copia del Crucificado. ¡Qué espectáculo tan asombroso! Privilegio inaudito, exclama san Buena-ventura, no concedido á los siglos precedentes; privilegio único y singular que pone entre el Redentor y el patriarca de los Menores una perfecta semejanza, para que pueda decir entre todos los santos: *Vivo ego, etc.*

Pero no penseis que fenecieron aquí los privilegios del cielo. El espíritu del Señor descansa sobre la cabeza de estos nuevos profetas, y rompen el velo que oculta los sucesos de los siglos futuros; ven las revoluciones mas extrañas y las mas singulares escenas que han de acaecer en la iglesia y en el estado, y como si tuvieran presentes todos los lugares, declaran lo que pasa en todas partes. Los secretos del corazon se descubren á la penetracion de estos Samueles, y como aquel profeta del antiguo pueblo registran lo mas interior de las conciencias, á unos revelan funestos decretos de la Providencia, y á otros anuncian sucesos prósperos y favorables. Domingo pronostica á sus hijos los progresos de su órden, los héroes que han de florecer en él, los protectores que ha de tener. Francisco profetiza al cardenal Hugolino su futuro ascenso á la tiara pontificia, y el cónclave le saluda con el nombre de Gregorio IX.

Profetas y taumaturgos á un mismo tiempo, mandan á la naturaleza, y la naturaleza atónita oye su voz; los elementos olvidan su impetuosidad, el aire depones sus pestilencias, los vientos reprimen sus furias, el mar, este elemento tan furioso, vomita cuarenta peregrinos que se habia tragado en un naufragio, luego que Domingo lo manda; habla Francisco, y al punto consolida sus aguas, y le da paso franco á él y sus compañeros. Árbitros y dueños del mundo, atraviesan la Europa, y dejan en todas partes vestigios de sus manos milagrosas: aquí cierran el sepulcro y libran de las fauces de la muerte á los desahuciados: allí dan vista á los ciegos y oído á los sordos: acá hacen hablar á los mudos, y expulsan á los demonios de los energúmenos: Domingo habla á la muerte en Roma, y resucita al jóven Napoleon con asombro de aquella capital, despues de seis horas que habia muerto despedazado por la violenta caída de un caballo: Francisco impera á los sepulcros, y al momento se animan ocho cadáveres que estaban ya para ser en ellos sepultados.

Unos hombres de tan extraordinaria santidad, y tan podero-

sos en obras y palabras, ¿cómo podrian dejar de ser el asombro y la expectacion de toda Europa? Fuéronlo en efecto. Las cortes mas florecientes, la púrpura romana, los jefes de la tribu santa, los sumos pontífices, los pueblos ultramontanos, las ciudades ultramarinas, los grandes y pequeños, se vieron precisados á publicar con pasmo y edificacion de sus almas el poder y santidad de estos dos héroes del siglo XII; los mismos sectarios del error, enemigos implacables de la santa silla; los discípulos de Lutero y Calvino, estos fanáticos confiesan á despecho suyo en la protesta de Ausburgo, y en su gran catecismo, que solo Domingo y Francisco eran los únicos santos de que podia blasonar la iglesia de Roma. Y ved aquí comprobada la proposicion primera que asenté en el exordio de mi panegírico, esto es, que Dios usó de la plenitud de sus misericordias con la Iglesia, concediéndola dos varones singulares, adornados con todo género de virtudes. Estadme atentos, y veréis que no fué ménos misericordioso en concederla dos varones extraordinarios que la protegiesen en el apuro de sus aflicciones. Esta será la materia del

SEGUNDO PUNTO.

Los santos padres nos representan á la iglesia en su nacimiento como una nave agitada de borrascas, que disputa con los vientos el triste momento de su naufragio: unas veces intercepta sus progresos la idolatría protegida por las potestades del siglo, otras el judaísmo autorizado con la antigüedad de su culto; pero esta iglesia siempre combatida y siempre victoriosa, se eleva triunfante por el celo y actividad de los apóstoles: su imperio se extiende de oriente á poniente, las naciones mas incultas abrazan el Evangelio, y la fe halla adoradores en las regiones adonde la soberbia Roma, hinchada con el viento que soplaba en el Capitolio, no habia podido entablar sus altivas pretensiones.

¿Pero acaso esta misma iglesia ya adulta ha dejado de sufrir en todas las edades los mismos combates? Ah! cada siglo se levantan nuevos enemigos coligados que juran su ruina. A la idolatría y al judaísmo se juntan la herejía, el Alcoran, el ateísmo, el cisma, la impiedad y la depravacion universal de costumbres; y aunque el Salvador nunca ha abandonado á su

amada iglesia, muchas veces ha estado sepultada entre tinieblas, y ha llegado casi á pique de zozobrar; y se puede decir que el siglo XIII fué para ella el mas funesto por la monstruosa complicacion de males que la afligian.

El mahometismo inundaba todo el oriente, el trono de Pedro atropellado por un emperador cismático, la herejía turbaba lo mas florido del norte, y el cristianismo dormia sepultado en un profundo sueño de vicios. Nunca tuvo la iglesia mas necesidad que entónces de un apóstol; y Dios, que no la permite los males sino para probar su constancia, la concedió dos héroes famosos para que enjugasen sus lágrimas. En efecto Domingo y Francisco, autorizados por una mision extraordinaria, simbolizada en sueños al papa Inocencio en la iglesia de Letran, emplearon sus talentos, sus virtudes, sus vigiliias, sus oraciones, sus austeridades, sus fatigas, sus viajes y su celo en beneficio de la iglesia. España fué el primer teatro de los fervores de Domingo; Palencia, Osma, Segovia, Calahorra, Valladolid y Búrgos oyen con admiracion las verdades eternas que pronuncia, y sin poder resistir á la energía y fuerza de sus discursos, abrazan la penitencia, y con ella la universal mudanza de costumbres.

Vencedor en Castilla, pasa como una lijera nube á Cantabria á conseguir nuevos triunfos. ¿Quién podrá numerar las provincias y ciudades adonde llegó el sonido de sus portentosos ecos? Si se pregunta por él en Barcelona, ya se halla en Navarra exhortando á penitencia: si se le busca en las ciudades del Señorío, ya se halla predicando en Aragon y Astúrias: á un mismo tiempo parece que existe en Extremadura, Andalucía y Valencia. ¿Pero con qué sucesos? No preguntemos lo que no es lícito dudar. La paz se entabla en las familias, la equidad en los tribunales, el decoro en los templos, la compostura en el clero, la union en los casados, la moderacion en los jóvenes, y en todos los estados la observancia de la divina ley.

Pero la Península era pequeña esfera para su ardiente celo, y obligado de los impulsos de su espíritu, penetra los Pirineos, corre la Francia y se deja ver en Langüedoc contagiada con la ponzoña albigense, y al oír su nombre se estremece toda una provincia madriguera de monstruos; los jefes del error abaten su orgullo, la herejía enmudece, sus abominables sectarios se turban, y aquellos espíritus indóciles humillan la cerviz en

presencia del héroe español. Representaos aquí uno de los mayores triunfos que alcanzó el glorioso Guzman á favor de la religion; porque, señores, no era solo un gigante el que insultaba en la campaña de Langüedoc á los pabellones de Israel, ni este nuevo David pelea con un solo Goliat, sino contra un monstruoso conjunto de todos los errores. Los padres de la iglesia esgrimieron la pluma contra una sola casta de enemigos. San Atanasio refutó á los arrianos, san Gerónimo á los origenistas, san Agustín á los pelagianos, san Cirilo á los discípulos de Nestorio, y el papa san Leon á los sectarios de Eutíques; pero Domingo hace frente á una secta universal compuesta de toda especie de errores, y sostenida por un ejército de cien mil albigenses. Unas veces los atrae á públicas y privadas conferencias, y con la fuerza de sus discursos les obliga á un vergonzoso silencio: otras se deja ver en el púlpito, y con el estallido de su fulminante voz derriba los monstruos que tiene á su frente; ya los desafia como taumaturgo á una accion decisiva, arroja á una hoguera encendida un libro que habia compuesto sobre los dogmas de la religion, y aquel elemento voraz que no se atrevió á los niños de Babilonia, respeta los escritos de Domingo.

Su invicto celo no se contenta con exterminar la herejía; recorre los vastos países que ha libertado del contagio, y comunica incremento y vigor á los cristianos que habia hecho renacer á la gracia. En una parte cultiva con la predicacion lo que ántes habia sembrado con los ejemplos: en otra parte perfecciona con nuevos esfuerzos las conversiones que habia principiado en una iglesia, y arranca los escándalos de la casa del Señor: en otra reforma los abusos que habia introducido el veneno del error: todos los lugares de su tránsito quedan señalados con los caracteres de su celo: funda en Rovilles un famoso monasterio para asilo de doncellas pobres, y sus grandes progresos dan á entender la mano maestra que le formó: establece en Langüedoc el culto del santo Rosario; y la conversion de innumerables pecadores es el precioso fruto de tan santa devocion.

Francisco abrasado con el fuego de los serafines, segun el idioma de san Buenaventura, se presenta en las plazas de Italia: su voz autorizada con el ejemplo, es un rayo que introduce el terror en todas las conciencias: su rostro pálido y desfigurado enternece los corazones mas duros; la imágen del

Redentor, impresa en su persona deja poco que hacer á sus exhortaciones: vestido pobremente, desnudo de pié y pierna, y arrastrando un cuerpo agobiado con el peso de sus rigores, va de ciudad en ciudad formando penitentes, instruyendo ignorantes, convirtiendo pecadores, confundiendo á los libertinos, consolando á los afligidos, alentando á los vacilantes, confirmando á los justos, conteniendo al vicio, destruyendo el imperio de Satanas, y reformando en breve con sola su presencia toda la Italia.

Pero su corazon, para quien el universo entero era corto espacio, suspira por conquistar todos los climas del orbe. ¿Visteis un relámpago, que agitado de un impetuoso uracan sale del oriente, y brilla al mismo tiempo en el occidente, forma sus giros por el austro, y dejando por todas partes señales de su luz perfecciona con celeridad su carrera? De este modo Francisco impelido de la fogosidad de su celo, vuela en alas de su fervor á los abrasados arenales del África, anuncia en Marruecos el Evangelio, pasa á Egipto, y de aquí se traslada á las regiones del Asia á combatir las extravagancias del Alcoran. Gobernaba entónces el imperio otomano el cruel Meledin, hombre guerrero, espíritu altivo, que hacia temblar á todo el oriente bajo las severas leyes de un dominio despótico; un nuevo Bautista habia de ser el apóstol de la corte de este nuevo Heródes. Francisco exclama en presencia de este leon terrible, le manifiesta el peligro de su eterna perdicion, le pinta con los mas vivos colores la impureza de su secta: su retrato le espanta y atemoriza, su temor y sus sustos son testigos de su mudanza y de su rendimiento: Meledin iluminado y desengañado, da señales nada equívocas de su verdadera conversion, y esto basta para gloria de Francisco y honor de su religion.

Cargado con los trofeos del oriente, se restituye á las provincias de España y Francia. ¿Qué medios no emplea para ganar los corazones y hacer florecer la inocencia de costumbres! Unas veces con un dogal al cuello pasea las ciudades mas populosas, y con este espectáculo edificante infunde el desprecio de las vanidades; otras se deja ver en el púlpito puestos los ojos en un crucifijo, y con una voz muda pero eficaz triunfa de los espíritus mas indóciles; ya toma la figura de un delincuente, y sale castigando su llagado cuerpo por calles y plazas, y al ver á un inocente homicida de su carne, abrazan la penitencia

desde el solio hasta la cabaña mas vil; ya se entra en los templos, y postrado al pié de los altares exhala ardientes suspiros, riega el suelo con sus lágrimas, y ofrece á Dios sus ayunos, sus vigiliás, sus austeridades y todo su mérito por la salvacion de las almas; ya... ¿pero qué tiempo me bastaria si quisiera referir todos los medios de que se valió para restituir á la Iglesia su antiguo esplendor? Basta decir que saliendo de un extremo de Italia á reparar las ruinas del santuario, hizo renacer en Europa de sus propias cenizas los hermosos dias de la primitiva iglesia.

¿Os parece, señores, que estos dos héroes se contentarian con tan felices sucesos, y se pondrian á descansar á la sombra de estos laureles? No por cierto, su celo nunca conoció descanso; ya los habeis visto ocupados en resistir á los asaltos de la herejía, en reformar los abusos que desfiguraban la hermosura de Sion, en arrancar las espinas de los vicios, en llevar la luz hasta las extremidades de la tierra, en restablecer el culto de los templos y el uso frecuente de los sacramentos; ahora los veréis santamente ansiosos por introducir la perfeccion evangélica hasta en el seno mismo de Babilonia. No os engaño. Su celo doble los sacrifica en medio de sus penosas tareas á dirigir un lucido escuadron de vírgenes, las entresacan del medio del siglo, las separan de las vanidades del mundo, las instruyen en todo género de virtudes, y las animan á subir á la cumbre de la perfeccion. Las Catalinas de Sena, las Claras de Asís, las Micaelinas de Pisaura y las Hipólitas de Casia serán eternamente la corona de Domingo y Francisco; ellos fueron sus maestros y sus padres, lo mismo que un san Mateo de las Ifigenias, un san Gerónimo de las Paulas, un san Benito de las Escolásticas y un san Leandro de las Florentinas.

¿Cómo pudieron dos hombres solos bastar para tantas empresas? Ah! Los apóstoles no necesitan mas elasticidad que su propio espíritu; nosotros conocemos poco las fuerzas, la actividad y los arbitrios que inspira el celo. Ahora es cuando dan principio á su apostolado: Guzman se dirige á la metrópoli y señora de las Iglesias: Roma, cabeza de las tribus santas, abrigaba en su mismo seno un numeroso clero, que salvando las barreras del santuario, habia degenerado de su primitivo fervor; esta viña plantada por el príncipe del sacro colegio, y cultivada por sus dignos sucesores, se habia convertido en una

horrorosa selva de abominacion: la simonía, la avaricia, el desenfreno, la disolucion y la ignorancia habian privado al sacerdocio de toda su santidad y resplandor: en el altar no se veían sino ministros indignos de acercarse á él, y parece que bastaba ser sacerdote para ser malo con libertad. El padre santo, el oráculo del Vaticano, el sagrado César Inocencio, gemia sin fruto oprimido bajo el torrente impetuoso de la iniquidad. ¡O amable disciplina! ¿Estabas acaso desterrada para siempre de la primera de las iglesias? ¿O esperabas al celoso Guzman para que fuese tu restaurador? ¡Ah, qué difícil es reducir al yugo de la disciplina y de la virtud á los sacerdotes del Señor, que han tenido la osadía de sacudirle con escándalo! Como la caída es tanto mas peligrosa cuanto viene de mas alto, rara vez sucede que se levanten aquellos ministros sagrados que han llegado á ser prevaricadores. Sin embargo no hay imposible para un apóstol animado del celo de la casa de Dios: Domingo habla, exhorta, insta y persuade: el sacerdocio recobra su esplendor, la iniquidad no se atreve á volverse á presentar en el santuario, y los que le habian afrentado con sus infracciones, le honraron despues con la santidad de sus costumbres; de modo que si ántes habia desaparecido la disciplina en el clero, fué para que despues brillase con mayor resplandor.

Al concluir esta empresa difícil, da principio á otra no ménos ardua. El desórden se habia comunicado hasta los monasterios de las vírgenes: estos lugares destinados para asilo del pudor y de la inocencia, se habian convertido en moradas del vicio, llegando á tanto el exceso, que las esposas de Jesucristo vivian derramadas en las calles y plazas de Roma. ¡Qué relajacion tan monstruosa! Pero Domingo se interesa, y las vírgenes cristianas, obedientes á su voz, detestan la infeliz libertad que se habian usurpado contra los vínculos de su perfeccion, y haciendo un eterno divorcio con el siglo, se encierran para siempre en la casa de san Sixto.

Restaurador de la disciplina en Roma, pasa Domingo á la Etiopia y Mauritania á conquistar nuevos enemigos; por entre zarzas y espinas se abre paso para ir á tratar con unos pueblos sin principios, distintos de los demas hombres por las tinieblas en que viven, y por la insensibilidad de su corazon. ¿Os parece, señores, que su celo se intimidaria á vista de unas naciones feroces acostumbradas á devorar á los de su especie? No